

Jorge Waxemberg

Las 10 Palabras
del
Desenvolvimiento Espiritual

Edición 2015

© 2005 Cafh

Todos los derechos reservados

Indice

<i>Introducción</i>	3
Callar y Escuchar	11
Recordar y Comprender	21
Saber Querer	34
Osar, Juzgar, Olvidar	41
Saber Querer y Querer Osar	53
Transmutar	61

Introducción

En 1937 Santiago Bovisio escribió el primer curso de enseñanzas para Cafh, el sendero de desarrollo espiritual que acababa de fundar. El curso se llama “Desarrollo Espiritual”¹ y tiene 16 enseñanzas; la tercera termina con estos párrafos:

Calle el discípulo, y espere. Callar es la primera palabra que ha de conocer el estudiante y le dará la solución de las otras nueve, que se enumeran a continuación.

Las palabras básicas para el Desarrollo Espiritual son las siguientes:

- | | |
|----------------------|-----------------------|
| <i>1. Callar</i> | <i>6. Querer</i> |
| <i>2. Escuchar</i> | <i>7. Osar</i> |
| <i>3. Recordar</i> | <i>8. Juzgar</i> |
| <i>4. Comprender</i> | <i>9. Olvidar</i> |
| <i>5. Saber</i> | <i>10. Transmutar</i> |

¹ Se puede encontrar este curso en <http://www.santiagobovisio.info>, en la sección *Enseñanzas*

En años posteriores Don Santiago (así acostumbrábamos a llamarlo) escribió otros cursos de enseñanzas y dio numerosas conferencias, pero no desarrolló el tema de las *10 palabras*. Eso no significa que este tema no sea importante sino que, a mi entender, lo dejó como clave para que cada uno trabaje sobre él.

Como el texto del curso no hace referencias a las *10 palabras*, podríamos interpretar que su significado es el literal y que esa serie describe un proceso lineal de desenvolvimiento.

Literalmente, cada una de esas palabras significa algo claro para hacer. Por ejemplo, callar es no hablar; escuchar es prestar atención; recordar es traer algo a la memoria; etc.

Como desarrollo lineal, la sucesión de esas palabras implicaría precedencia de unas sobre otras, sin retrocesos.

En este contexto hay que distinguir dos aspectos del desarrollo lineal. En un sentido relativo, sí hay aspectos lineales. En un sentido absoluto, los desarrollos lineales no siempre se observan en el proceso de nuestro desenvolvimiento.

En el contexto de las *10 palabras* y en el entorno de la conducta, existe una precedencia lineal. Es necesario que callemos, tanto el hablar vocal como el mental, para poder

escuchar. Para comprender necesitamos recordar. Para querer, primero tenemos que saber nuestras opciones. Para osar, necesitamos querer dentro del contexto conocido y así reconocer los límites de ese contexto. Recién podemos juzgar con validez cuando hemos osado contemplar un contexto mayor que el de nuestros puntos de vista habituales. Y para transmutar necesitamos dar vuelta la página personal de nuestros recuerdos —olvidar su carácter particular— para poder asimilarlas a un contexto más universal.

Es así como, en el entorno de la conducta, las *10 palabras* configuran una ascética —es decir, una práctica metódica de lo que ellas implican— que promueve nuestro desenvolvimiento.

Pero una ascética aplicada a la conducta, si bien necesaria, no nos basta para ampliar nuestra conciencia más allá de las concepciones de la cultura que define esa ascética. Podemos lograr gran compostura sin por eso salir de los límites de nuestros prejuicios e ideas hechas. Esta cerrazón mental suele llevarnos a sentirnos seguros de que “estamos llegando” a nuestro objetivo espiritual, sin darnos cuenta de que, por ejemplo, el hecho de *osar* tomar una decisión no significa que hayamos *comprendido* la situación que motivó nuestra decisión ni que esa decisión sea atinada.

Si bien el desarrollo de la conducta puede ser lineal en algunos aspectos, el de la conciencia no lo es. No dejamos nada atrás, todo sigue estando en nosotros mientras ampliamos nuestro estado de conciencia.

El proceso del desenvolvimiento espiritual no es lineal; la evidencia nos muestra que no por haber comprendido algo sobre nuestra conducta, no volveremos atrás para actuar como si no lo hubiéramos comprendido.

Por esta razón, al considerar las *10 palabras*, además de referirlas a lo que hacemos, las relacionamos con la noción que tenemos de nosotros mismos y de nuestro entorno; es decir, las referimos a nuestro estado de conciencia.

En el entorno de la conciencia, las *10 palabras* configuran una mística que actúa directamente en nuestra noción de ser. Es bueno entonces que nos detengamos en la distinción entre la idea de *deber ser* y la de *llegar a ser*.

Deber ser supone la existencia de un modelo de desenvolvimiento que habría que realizar basado en una idealización que, en realidad, generamos por extrapolación de lo que para nosotros puede ser la perfección del ser de acuerdo con nuestros valores. La dificultad de este enfoque es que nuestra idea del modelo último —o de la perfección— siempre provendría de nuestra conciencia imperfecta, ya que no

estamos en la meta del desenvolvimiento sino en camino hacia ella. Y lo estamos no sólo nosotros individualmente, sino que también lo están nuestras concepciones y creencias, ya que son producto de nuestra mentalidad actual.

Es frecuente que la idea de *deber ser* de acuerdo con un modelo de perfección idealizado impregne no sólo nuestra ascética mística (esto es, la ascética orientada hacia el logro de una unión trascendente), sino también nuestra noción de ser, y esto abata nuestro ánimo. Como *debemos ser* algo ideal, por más que nos esforcemos siempre vemos una distancia insalvable entre lo que somos y el ser ideal que *deberíamos* ser. En vez de prestar atención al proceso de ampliación de nuestro contexto, visualizamos lo que *debemos ser* en un marco ideal, fuera de los límites de nuestro ser. Es inevitable, entonces, que vivamos con un sentido de culpa que no podemos desarraigar y con la carga de no poder realizar lo que más anhelamos.

Por otra parte, si nuestro modelo de perfección es ideal, cerramos la posibilidad de desenvolverlo y, con eso, ponemos una valla a nuestro propio desenvolvimiento. Además, esta visión del *deber ser* suele volvernos discriminatorios, dogmáticos e intolerantes.

Por supuesto, es indiscutible que necesitamos modelos, si bien no perfectos en sentido absoluto, tan expansivos como podemos concebirlos desde nuestro estado de conciencia actual; esos modelos son los reales que sí podemos alcanzar. También es indiscutible que necesitamos una moral para ordenar nuestra conducta hacia nuestro objetivo. Pero, para adelantar espiritualmente, necesitamos contextualizar nuestros modelos y nuestra moral dentro de la línea del desarrollo de nuestro estado de conciencia.

Si acompañamos la ascética de dominio sobre nuestra conducta con una mística de expansión de nuestra conciencia, internalizamos la ética y, paulatinamente, nuestra conducta responde en forma espontánea al sentido de participación e inclusión que vamos desarrollando.

En el contexto del desarrollo espiritual podríamos decir que nuestro ser actual es un *llegar a ser*.

No llegamos a ser como quien llega a un objetivo final, sino al estadio que comenzamos a transitar en el momento de mirar más allá de nosotros mismos y de nuestros intereses inmediatos. Desde este punto de vista, desarrollarnos es un continuo *llegar a ser*, un proceso de comprensión por inclusión, acompañado de la plenitud interior implícita en cada

avance que hacemos sobre el contexto que nos contiene y nos define.

Como continuo, *llegar a ser* es, simplemente, *ser ahora*, en el eterno pre-sente.

No nos es posible ni ser lo que fuimos ni ser lo que todavía no somos. *Somos ahora*. El quid del *ser ahora* es el contexto de nuestro ahora. Cuanto más abarca el contexto de nuestro ahora, más expandida es nuestra conciencia de ser.

Esta visión de nuestro desenvolvimiento engarza las *10 palabras* de tal manera que todas ellas están no sólo relacionadas, sino que son inseparables. La primera palabra está tan próxima a la siguiente como a las demás. No podemos transmutar sin callar; recién cuando callamos nuestras ideas hechas podemos transmutar en conciencia las enseñanzas que nos brinda la vida.

La aplicación de las *10 palabras*, como ascética y como mística, a nuestro empeño por desenvolvernos, nos ayuda a saber quiénes somos, cómo queremos vivir, en qué queremos devenir; nos da tanto un marco como una línea de trabajo para lograr nuestro anhelo.

Aun si ignoráramos esta línea de trabajo eventualmente nos desenvolveríamos; bastaría que nos dejáramos llevar por la

vida de la mano del tiempo. Pero si nuestra vocación es expandir plenamente nuestra conciencia, las *10 palabras* nos señalan la intención, la actitud, la conducta y el campo de trabajo —nuestro estado de conciencia— que nos orientan hacia ese fin de manera más expeditiva y con menos sufrimiento.

J. W.

Abril, 2015

Callar y Escuchar

Callar es hacer un silencio más completo que dejar de hablar y tratar de controlar los movimientos de nuestra mente. Estamos ya habituados a frenar nuestras palabras cuando es necesario hacerlo y a orientar el pensamiento en el cauce que elegimos. Sin embargo, si prestamos atención, descubrimos que detrás de ese tipo de silencio seguimos vertiendo siempre un mismo discurso, formado por nuestra manera de ver las cosas, por nuestros deseos y expectativas.

Callar, en el contexto de las *10 palabras*, es descubrir ese discurso, ponerlo a la luz y detenerlo.

Por más nueva que sea la idea que se nos presente la tamizamos a través del conjunto de ideas previas que relacionamos con ella. Este hábito inconsciente lleva al “ya sé” e impide percibir con claridad lo que está ante nosotros, mientras nos da la falsa seguridad de que entendemos eso mismo que no alcanzamos a percibir tal como es.

Una de las ideas que tratamos en este trabajo y sobre la que solemos tener preconcepciones es la mística; conviene, entonces, que reconozcamos las ideas que hemos acumulado sobre la mística.

Cada creencia tiene su propia versión de la mística; si bien para la mayoría significa un estado sobrenatural de unión, cada una entiende a su manera con qué o con quién se une el alma en la experiencia mística y qué tipo de estado es esa unión.

Es común imaginar que una realización mística da la felicidad que no podemos encontrar de otra manera en este mundo. Con esta idea, la búsqueda de la mística fácilmente puede implicar dar la espalda a la realidad que conocemos y buscar estados emocionales que poco tienen que ver con el desenvolvimiento de nuestro estado de conciencia.

Tradicionalmente, se entiende como mística a un estado misterioso u oculto de unión del alma con lo sagrado, o lo divino. En el contexto del desenvolvimiento espiritual, entendemos que mística es, fundamentalmente, unión con aquello con lo que estamos en relación. La pregunta que tendríamos que hacernos, entonces, es: ¿con quién o con qué nos relacionamos? O, ¿qué conciencia tenemos de nuestra relación? De la respuesta depende nuestra mística.

Todo lo que existe —incluso uno mismo— es en relación, lo percibamos o no. Esto implica una interacción total de todos con todo y de cada uno con todo lo que existe.

Nos demos cuenta o no, interactuamos con lo que ni vemos ni conocemos, con lo que nos parece distante y ajeno, con nuestra casa, la Tierra, con todo lo que existe sobre ella y, obviamente, con todos los seres humanos.

No podemos relacionarnos directamente con lo divino que no vemos ni conocemos; sólo podemos hacerlo indirectamente a través del mundo y de la vida que sí percibimos y en la que interactuamos en forma deliberada y consciente.

La mística —es decir, la conciencia que vamos desarrollando de nuestra unión con todo— nos conduce hacia la unión con lo divino desconocido a través de la vida cotidiana. No hay manera de unirse a lo divino si lo separamos o aislamos de las únicas formas en que lo divino se manifiesta ante nosotros. Y lo que tenemos más cercano de esa manifestación es el ser humano —cada uno de ellos, los que vemos y conocemos y los que ni vemos ni conocemos—.

Llegamos a lo divino a través de cada uno de los seres humanos.

Sólo haciendo silencio —callando y escuchando— podemos percibir a cada ser humano como tal y, a través de esa percepción, trascender hacia lo que aún no conocemos.

Si deseamos desarrollar nuestra mística necesitamos comprometernos totalmente con nuestra realidad obvia y evidente: comprometernos con lo que somos, con el mundo y los seres con que vivimos y con las posibilidades más excelentes que podamos realizar para el bien y adelanto del mundo.

¿Con qué otra realidad podríamos comprometernos sino con esta vida que vivimos, y quién otro puede comprometerse sino cada uno de nosotros, tal como es? Por eso es fundamental hacer silencio; de no ser así, en vez de comprometernos con la realidad obvia, nos ataríamos a una ilusión forjada por nuestras ideas hechas.

Es tanto lo que hemos acumulado a través de nuestra historia, de nuestras creencias y de nuestros sueños bien intencionados sobre la vida espiritual que nos resulta difícil ver las cosas como se presentan, aunque estén ante nosotros.

La vida nos da continuamente su enseñanza; sin embargo, para aceptarla necesitamos dejar en suspenso lo que pensamos acerca de ella, de lo que somos y de cómo somos. Esto implica necesariamente hacer silencio: callar y escuchar.

La confianza que tenemos en nuestra manera de interpretar las cosas puede desnaturalizar las buenas obras que pretendemos efectuar. Sin darnos cuenta podemos transformarnos en un caso más de quienes creen tener la solución de los males del mundo y dan su propio discurso, ajeno a la obvia realidad que siempre está ante sus ojos.

La solución a los males del mundo no viene de afuera; no hay solución mágica para condiciones que son propias de nuestro estado de conciencia. La única manera de trascender los males que sufrimos es a través de nuestro propio desenvolvimiento: el adelanto espiritual de cada uno de nosotros. Todo lo que hacemos expresa lo que somos. Si deseamos un mundo mejor, la fórmula para lograrlo es hacernos mejores; esto es, desenvolvernos sin pausa.

Tengamos en cuenta que aceptar intelectualmente una visión amplia del mundo y de la vida, que incluya descripciones de ciclos de vida humana y cósmica, no afecta mayormente nuestro estado de conciencia. Tampoco lo afecta si cambiamos la idea de que vivimos sólo una vez en este mundo por la de la reencarnación, o si cambiamos el nombre de los seres sobrenaturales en los que creemos, o si nos adherimos a la idea de diversos planos de existencia, o si

creemos en una serie de afirmaciones en vez de creer en otras.

Todo eso son distintos enfoques de la realidad y opiniones basadas en creencias, que no implican una evolución significativa en el propio estado de conciencia.

Explicar la realidad de un modo u otro, creer o no en esto o en aquello, de por sí no nos hace ni más amplios ni más evolucionados.

Es el grado de universalidad que alcanzamos a través de la mística encarnada en la vida diaria lo que indica la calidad de nuestro estado de conciencia.

¿Qué significa lograr universalidad?

Implica un cambio cualitativo básico en nuestra manera de relacionarnos con todo, comenzando con lo que es inmediato a nosotros, con los puntos reales y continuos de interacción que tenemos con el universo: las personas con las que nos relacionamos diariamente.

En la práctica, es acallarnos para transformar la manera en que nos relacionamos con ellas.

En la base de todas nuestras relaciones están nuestras ideas hechas sobre cómo son, o tendrían que ser, todas las cosas y los demás. Sobre esa base construimos nuestras

expectativas y, sobre éstas, nuestra manera de accionar y reaccionar sobre los demás y de hacer juicios sobre ellos.

Es indispensable contar con un sistema de ideas para derivar de él nuestras decisiones y acciones. Pero si tomamos ese sistema de ideas como algo inamovible, nos impide actualizar la visión que tenemos de la realidad circundante.

Cada sistema de ideas es propio de un estado de conciencia. Nuestra tendencia inconsciente es aferrarnos a nuestra manera de ver las cosas, sin darnos cuenta de que esa actitud va en contra de la expansión de nuestro estado de conciencia.

¿Cómo hacer, entonces, para producir nuestro adelanto?

Aprender, por un lado, a sostener sólo “con alfileres” nuestras interpretaciones y dar lugar a una actitud abierta y expectante ante las cosas y las personas para percibir las tal como se nos presentan y no como pensamos que son.

El ejercicio simple y práctico para lograr esto es silenciarnos sistemáticamente: callar y escuchar. Este silencio se practica, particularmente, cada vez que nos encontramos con una persona, o cuando pensamos en ella.

Para que sea posible la relación entre personas, es básico que cada una no sólo pueda manifestarse tal como es, sino que cada una perciba a la otra tal como es.

Las expectativas que tenemos acerca de los demás se desprenden de nuestras ideas de cómo son, qué quieren y qué pueden, en vez de basarse en cómo realmente son, qué quieren y qué pueden en verdad.

Recién después de hacer a un lado nuestro conjunto de ideas hechas y de callar ante los demás tenemos capacidad para escucharlos en sus mensajes verbales y también en los no verbales.

Y sólo después de escuchar el mensaje de los demás estamos en condiciones de responder a ellos, a sus necesidades y a sus posibilidades.

El mismo silencio que nos permite escuchar a otros nos permite escucharnos a nosotros mismos.

Así como tenemos un conjunto de ideas sobre los demás — cómo son, o tendrían que ser y comportarse—, así también tenemos un conjunto similar respecto de nosotros mismos.

Los estándares a los cuales nos referimos para ajustar nuestro juicio acerca de nosotros mismos nos ayudan a tener una conducta coherente. Pero también necesitamos reconocer lo

espurio y precario de las ideas que tenemos respecto de cómo somos para descubrir cómo realmente somos. Y sólo al comprender cómo somos en verdad podemos relacionarnos con los demás tal como ellos son en verdad.

La universalización, entonces, se basa sobre lo cierto, lo obvio, y se nutre de nuestra capacidad de relacionarnos manteniéndonos conscientes de la transitoriedad de nuestras ideas sobre todas las cosas y sobre cada uno de los demás. Recién entonces tomamos contacto con el universo así como se presenta a nosotros, a través de los puntos de interacción permanente que tenemos con él: los seres humanos como expresiones únicas de la realidad humana, con la Tierra que nos da albergue, con el firmamento que nos inspira.

Una vez dado este paso —callar— podemos escuchar y transmutar nuestra percepción de modo que nos permita una relación directa y, eventualmente, una mayor comprensión del mundo, de la vida, de los demás y de nosotros mismos.

La sociedad, las personas, las cosas, la Tierra, la vida en general, se expresan continuamente; nos dan señales de lo que está pasando y de lo que posiblemente vaya a ocurrir. Siempre tenemos anticipos de lo que va a pasar —enfermedades, crisis personales y sociales, estallidos de violencia, y también señales para regocijarnos y sostener

nuestros empeños—. Si callamos y escuchamos percibimos sin distorsiones esas señales; como no las rechazamos con nuestras ideas hechas contamos con todo nuestro potencial para responder a ellas de manera de trazar un futuro cada vez más promisorio.

Al mismo tiempo, esas señales nos muestran los efectos de nuestra presencia en la Tierra y en la sociedad, las consecuencias de nuestra manera de ser y de actuar, de la manera en que perseguimos nuestros objetivos y los resultados que vamos dejando con nuestro paso por la vida. Las respuestas que generamos en los demás y en nuestro medio son el espejo que nos revela cómo somos y qué estamos haciendo.

Hacer silencio —callar y escuchar— es la única manera en que podemos mantenernos conscientes de lo que estamos haciendo con nuestra vida y con las de los demás, y nos indica hacia dónde estamos yendo.

Sólo el silencio nos revela si nos estamos orientando hacia el objetivo elegido y, de esa manera, nos enseña a corregir continuamente nuestro rumbo.

Ésa es la única base segura sobre la que podemos construir nuestro destino y transitar el sendero de nuestro desarrollo espiritual.

Recordar y Comprender

El desenvolvimiento espiritual es un proceso basado en la comprensión. Primero comprendemos, luego tomamos decisiones y después actuamos. De no ser así actuaríamos movidos por impulsos y reacciones, en detrimento de nuestro adelanto.

Comprender lo que vivimos nos permite evaluar lo que nos pasa, distinguir nuestras opciones, establecer nuestras prioridades y discernir las consecuencias de nuestras determinaciones. A través de este proceso podemos aplicar la voluntad en esfuerzos que promueven tanto nuestro progreso en la sociedad como nuestro adelanto espiritual.

Comprender también es un proceso que implica atender, recordar, incluir, entender y ubicar todo esto dentro de un contexto adecuado.

Atender requiere callar —para poder percibir— y escuchar —para no deformar o alterar lo que percibimos—.

Estamos habituados a atender filtrando lo que nos llega para dejar pasar sólo lo que nos interesa o nos conviene. Seleccionamos arbitrariamente del mensaje completo de la vida para quedarnos con migajas de información. Es cierto que nuestra atención tiene límites, pero rara vez los conocemos. Cuando atendemos de acuerdo con nuestro interés del momento reducimos al extremo nuestra mira, mientras nuestro discurso interno pugna por cubrir las evidencias que nos rodean.

Si, en cambio, atendemos con plenitud desarrollamos nuestro interés, nuestro amor por quienes están con nosotros y por todo lo que nos rodea. Al atender con plenitud, todo lo que ocurre nos ocurre y nos enseña.

Por otra parte, si queremos entender lo que ocurre y lo que nos ocurre, necesitamos atender sin dejar que nuestros estados de ánimo y prejuicios desfiguren lo que estamos considerando. Especialmente, tenemos que acallar nuestra tendencia a justificarnos y a criticar.

Para obtener provecho de nuestra relación con los demás, en vez de ver como ataques los roces o dificultades que podamos tener con ellos, vayamos a su encuentro con la actitud de atender y aprender sobre aspectos nuestros que no conocemos o no aceptamos.

Nuestra atención evidencia en qué grado amamos nuestro ideal de liberación interior y de conocimiento de nosotros mismos, y en qué medida aprendemos de nuestras experiencias y de la vida.

Recordar implica registrar y validar lo que percibimos.

Todo lo que nos ocurre permanece en nuestra memoria, pero no nos aprovecha si no lo recordamos. Lo común es que recordemos especialmente aquello a lo que damos relevancia, y no nos acordemos de acontecimientos que no nos interesaron o que no queremos recordar. Pero lo cierto es que estamos involucrados en todo lo que ocurrió. Si desconociéramos esta realidad y recordáramos lo pasado sin incluirnos en todo lo pasado, reduciríamos lo vivido a una sucesión de incidentes y anécdotas sin contenido, sin enseñanza, ajenas a lo que consideramos nuestra vida particular.

Es así que, además de atender y recordar, para comprender es necesario que nos incluyamos en todo lo que ocurre.

Incluirnos implica comprometernos. A través de la atención y del recuerdo incorporamos más y más realidad en lo que percibimos, y al incluirnos en nuestra percepción nos comprometemos con lo que vamos conociendo. Tanto nosotros como lo que consideramos y lo que percibimos pertenecemos al mismo contexto. Por eso, necesitamos incluirnos en

forma deliberada y consciente en todo el contexto para que nuestras percepciones no se aparten de la realidad. Mirar desde afuera, sustraernos de lo que ocurre, de lo que vamos sabiendo sobre nuestro mundo y el universo, nos transforma en extranjeros dentro de nuestra propia realidad. Al incluirnos en lo que percibimos nos vemos y nos sentimos participantes, tanto de lo que nos toca de cerca como de todo lo que sucede.

Atender, recordar e incluir son elementos claves de la comprensión, pero no son suficientes para lograrla. También es necesario entender.

Entender es discernir acerca de lo que percibimos. Nuestra atención nos permite almacenar gran número de datos, nuestra memoria recordarlos, nuestra actitud inclusiva hacerlos nuestros; sin embargo, todo esto no es suficiente para que podamos usar con provecho ese material. Necesitamos evaluar la información que nos dan los hechos. Pero, ¿sobre qué base hacemos esa evaluación? Necesitamos referirla a un contexto.

Si bien entendemos una situación cuando nos enteramos de qué ocurrió, dónde y cómo, recién la comprendemos cuando la referimos a un contexto más amplio que el determinado sólo por esos datos.

Siempre somos dentro de un contexto mayor del que tenemos en mente, aunque a veces, por estar ensimismados, no lo reconozcamos. Elegimos nuestro contexto con nuestra intención, nuestro interés y nuestros objetivos. La amplitud del contexto que elegimos da el grado de nuestra comprensión.

Para comprender la información que evaluamos contamos con cuatro contextos principales: el contexto individual, el de nuestro medio inmediato, el del medio humano y el gran contexto de la totalidad de la realidad.

La consideración del contexto individual da las bases de nuestra manera de entendernos y de discernir lo que nos ocurre particularmente; es decir, lo que solo afecta a nuestra persona. La de nuestro medio inmediato nos da los elementos para comprender y resolver nuestras situaciones cotidianas, tener una apreciación más objetiva de nosotros mismos y adaptarnos a nuestra cultura. La consideración del contexto humano nos sirve de referencia para distinguir la posición de nuestra cultura particular en la historia y en el tiempo actual, y la importancia relativa de lo que nos ocurre; también nos muestra la necesidad incontrovertible de participar. La consideración del gran contexto de la totalidad da sentido trascendente a nuestra vida.

El contexto individual: el ser humano como individuo

Cada experiencia pertenece al contexto de toda nuestra vida. Cuando la aislamos la transformamos en una anécdota; si, en cambio, la relacionamos con nuestro pasado y la vemos en un marco que incluye nuestro futuro, inferimos sus consecuencias y estamos en mejores condiciones para comprenderla.

No podemos comprender una experiencia actual sin referirla a nuestro pasado individual y a nuestro futuro. Nada nos ocurre porque sí, sin causas generadas antes, en gran medida por nosotros mismos. El futuro no es totalmente imprevisible. Así como podemos comprender cómo fuimos determinando con nuestra conducta y decisiones la situación que estamos viviendo ahora, así también podemos inferir lo que nos espera si continuamos con la misma conducta y decidiendo con el mismo criterio, y cuál podría ser nuestra situación futura si los cambiáramos. La mirada interior, entonces, no sólo ha de buscar claridad en la visión de los movimientos de nuestra mente y nuestra sensibilidad actuales, sino que especialmente ha de percibir, discernir e interpretar los condicionamientos del pasado, y distinguir el futuro que podemos construir con libertad a partir de donde nos encontramos ahora.

Nuestra capacidad para percibirnos e interpretarnos depende de la credibilidad que tengamos ante nosotros mismos. Ésta depende de nuestra disposición a no negar aspectos conflictivos de nuestra realidad, para no mentirnos con justificaciones que, aunque no lo reconozcamos, nos hacen sentir mal con nosotros mismos.

Nuestro contexto individual nos muestra nuestras posibilidades y nuestras debilidades; también nos permite dirigir nuestra vida en pos de los objetivos que queremos conseguir. Pero si nos quedamos sólo en este contexto reducimos nuestra realidad a un marco meramente individual. Al encerrarnos en lo que creemos que es nuestro mundo exageramos la importancia que nos damos a nosotros mismos y a lo que nos pasa. Sin darnos cuenta nos vamos desconectando de lo que nos circunda y puede llegar el momento en el que sea muy difícil que algo o alguien pueda penetrar las barreras con las que nos hemos cercado. Al mismo tiempo vamos perdiendo la capacidad de percibir lo que pensamos que no nos atañe. La comprensión que creemos tener de nosotros mismos y del mundo se reduce a un ensueño subjetivo. Nuestras posibilidades de desarrollo se agotan rápidamente si no trascendemos los límites con los que nos definimos como individuos.

El medio inmediato: el individuo en su cultura

Nos referimos a este contexto evaluando nuestras posibilidades, nuestros conflictos y trabajos en relación con las personas y el ambiente en que vivimos.

La consecuencia de considerarnos en el contexto de nuestra cultura es armonía en nuestro sistema de relaciones dentro de ella. Este contexto nos da una visión más objetiva de la realidad de la que nos da nuestro contexto individual, porque nos muestra que estamos involucrados en una cultura y un sistema de relaciones que nos trasciende. Lo que podemos considerar como ganancia o triunfo en relación con nosotros puede ser una pérdida o un fracaso en relación con quienes nos rodean. Esta comprensión nos induce a solidarizarnos con la familia y el grupo social, étnico o ideológico con el cual nos identificamos.

Sin embargo, al considerarnos en nuestro contexto cultural tenemos que tener en cuenta el condicionamiento que produce haber sido formados en él. Incluso la mirada introspectiva que supone la reflexión y la meditación está siempre comprometida con el medio y el tiempo a los que pertenece.

El entendimiento que el ser humano tiene de sí mismo y del mundo varía de lugar en lugar y de generación en genera-

ción. ¿Cómo establecer cuál es el más acertado? Por cierto que nuestro entendimiento particular nos parece el más completo, pero es evidente que no es ni único ni definitivo. Si cristalizamos nuestra interpretación del mundo y de la vida en lo que aprendimos en un momento dado de un medio restringido generamos dogmatismo y separatividad, males que causan la mayoría de los problemas humanos. Al encerrarnos en nuestra cultura y desestimar el contexto mayor al que pertenecemos desvirtuamos nuestra comprensión.

Para profundizar nuestra comprensión tenemos que dar a nuestro contexto un tiempo más amplio que el de nuestra circunstancia individual y cultural, y un espacio que ubique esa circunstancia en el marco de la condición humana.

Tenemos que recordar que la realidad trasciende nuestra circunstancia y nuestro medio. Por más que intentemos limitarnos dentro de éstos, tarde o temprano nuestra percepción nos muestra horizontes más amplios. El más tarde o más temprano indica el nivel de sufrimiento o de felicidad que podemos generar.

El medio humano: la humanidad como cuerpo místico

Nos referimos a este contexto eligiendo nuestros objetivos con un punto de vista que abarca a toda la humanidad. Esto nos mueve a la abnegación: poner nuestra voluntad,

nuestros afectos e intereses al servicio de todos los seres humanos.

Así como no existimos aislados y separados, tampoco podemos parcializar el amor. Es cierto que los sentimientos se pueden orientar hacia una u otra persona, pero el amor mismo no se divide. Amor real es amor por todos y por cada uno, por la creación y todas sus manifestaciones.

Al evaluar nuestra situación, nuestras posibilidades, nuestras dificultades y nuestros logros dentro del contexto humano, liberamos de egoísmo a nuestras decisiones y elecciones. Participamos así con los seres humanos y generamos armonía en el mundo.

Trascender el egoísmo, el dogmatismo y la separatividad significa un adelanto inmenso en nuestra manera de relacionarnos con el mundo y con la vida, pero todavía no es suficiente para que podamos comprender nuestra condición humana.

Así como la mirada subjetiva que tenemos en el contexto individual no nos alcanza para comprender nuestra situación en el medio social y humano, si miramos a la humanidad sólo dentro su propio contexto —una mirada también subjetiva— no alcanzamos a comprender su condición en el contexto mayor en el que existe.

No podemos mantenernos ajenos al hecho de que el medio humano es menos que una mota en la inmensidad de nuestra realidad: el contexto del universo.

La totalidad de la realidad: el universo

Si bien la totalidad del universo traspasa los límites de nuestra percepción y entendimiento actuales, es la realidad que nos contiene. El hecho de no poder abarcarla no es excusa para desecharla: es nuestro medio.

Cuando discernimos nuestra vocación a la luz del contexto universal le damos sentido trascendente. Nos ubicamos en la inmensidad de la vida, nos asentamos en la conciencia que tenemos de ese contexto que nos penetra y sostiene.

Al tener un punto de vista que abarca ese gran contexto definimos nuestra medida en el espacio y en el tiempo, y establecemos una relación armónica entre nosotros —limitados y temporarios— y lo infinito y eterno.

Nuestra percepción no nos alcanza para cubrir la totalidad del tiempo y del espacio y, menos aún, para llegar al principio que los origina. Por eso nuestra fe no se apoya en creencias ni en descripciones de lo que no podemos comprender, sino en la evidencia de participar de una totalidad que expresa para nosotros lo divino. Sintetizamos nuestra fe en

nuestra relación con el aspecto creador de lo divino desconocido que acostumbramos a llamar Divina Madre, principio y fin del universo.

El proceso de la comprensión va ampliando continuamente el contexto al que nos referimos. Cada ampliación de ese contexto reordena nuestras prioridades y nos hace reevaluar nuestras comprensiones. Éste es el proceso de nuestro desenvolvimiento.

Para que este proceso ocurra:

Mantenemos válidos nuestro callar y escuchar.

Mantenemos válida nuestra atención reconociendo y asimilando la enseñanza del presente y superando nuestras negaciones y justificaciones.

Mantenemos válido nuestro pasado comprendiendo las enseñanzas que hemos recibido de cada experiencia.

Mantenemos válido nuestro compromiso interior viviendo en forma consecuente con nuestra vocación de desenvolvernos y con todo lo que ella implica.

Mantenemos válidos los contextos que componen nuestra realidad teniendo presente en nuestra mente y en nuestro corazón nuestra condición humana y nuestro destino eterno. Esto integra armónicamente los diferentes contextos y nos

proporciona una perspectiva que da validez tanto al contexto limitado e inmediato, como al infinito y eterno. A semeja el contexto subjetivo que mantenemos activo en nuestra mente al contexto real que define nuestra existencia. Así ganamos salud y armonía como individuos, nos desenvolvemos espiritualmente y generamos un mundo más justo y más participante.

Recién cuando comprendemos el contexto universal en el que vivimos y nos comprendemos a nosotros mismos en ese contexto podemos discernir la obra interior que podemos hacer desde nosotros mismos y la obra exterior que responde a nuestras posibilidades, para nuestro propio bien y el de todos los seres humanos.

Una vez que alcanzamos ese discernimiento queda en nuestras manos la decisión de vivir de acuerdo con lo que comprendemos.

Saber Querer

El proceso de la comprensión comienza por callar, escuchar y recordar; así aprendemos. Al incluirnos en lo que aprendemos desarrollamos nuestro sentido de participación, lo cual amplía el contexto al que nos referimos. De esta manera, universalizamos gradualmente nuestra visión del mundo y de nosotros mismos; es decir, vamos llegando a comprender.

Pero nuestras comprensiones no siempre se mantienen vigentes en nuestra mente. Nuevos intereses y situaciones atraen nuestra atención; el juego de la mente y del corazón sigue su curso y muchas veces borra las huellas de lo que una vez comprendimos.

Tanto el conocimiento como la emoción son cambiantes y dan esa característica a nuestras comprensiones, haciéndolas inestables.

Decimos que nuestras comprensiones son inestables no sólo porque continuamente nuevos conocimientos nos obligan a replantear lo que creíamos comprender, lo cual es positivo, sino también porque son afectadas por nuestros estados de

ánimo y, a veces, desplazadas por impulsos, pasiones y deseos que dan rienda suelta al afán de gratificarnos, sin que reparemos mucho ni en lo que comprendimos ni en las consecuencias de esa manera de proceder.

Si no nos damos cuenta de estas limitaciones de la comprensión, podemos llegar a pensar que hemos conquistado lo que comprendimos; pero no es así, ya que, para que lograr esa realización, todavía hace falta que implementemos en nuestra vida lo que comprendimos.

Cada comprensión demanda una respuesta operativa; lo que comprendemos golpea en nuestra conciencia preguntándonos qué vamos a hacer ahora que hemos comprendido. Pero no siempre damos una respuesta que promueva nuestro desenvolvimiento.

Si acallamos nuestra comprensión, si no queremos involucrarnos en ella y seguimos procediendo como si no hubiéramos comprendido, disociamos nuestra vida mental y emocional de nuestros actos y, eventualmente, negamos en la práctica la comprensión que tuvimos.

Si al comprender nos enamoramos de nuestra agudeza intelectual o de nuestra sensibilidad y todo queda allí, confundimos nuestra vida espiritual con una gratificación personal.

Estas formas de responder a nuestras comprensiones se traducen en una conducta imprudente.

Una conducta que no se base en la reflexión sobre lo que comprendemos, que sea esclava de los estados de ánimo y de los impulsos y que, por lo tanto, no sea coherente con nuestras comprensiones ni se corresponda con nuestro objetivo vocacional, es imprudente.

Si, en cambio, al comprender abrazamos nuestra comprensión y, por amor a la libertad, asumimos el compromiso que significa conocer más, promovemos nuestro desenvolvimiento.

Esta forma de responder a la comprensión nos hace supeditar nuestra forma de actuar a lo que comprendemos y al objetivo que hemos elegido para nuestra vida; de esta manera, nos expresamos según una conducta prudente.

La conducta es prudente cuando es discernida, coherente y consecuente con nuestra comprensión, con la vocación que nos guía y con los valores que ésta implica.

La conducta prudente se nutre de la reflexión y el autocontrol.

La reflexión nos enseña los cambios que tenemos que hacer en nuestra conducta para que corresponda con lo que vamos comprendiendo.

El autocontrol nos permite dominar nuestros pensamientos y nuestros impulsos para poder actuar de acuerdo con lo que hemos discernido.

Al sistematizar las respuestas que damos a nuestras comprensiones y hacer un hábito de la conducta prudente, transformamos la comprensión en *saber*. Recién entonces podemos decir que sabemos. Es por ello que, en el contexto del desarrollo espiritual, comprender no es lo mismo que saber.

La acción de comprender es temporaria; el saber, en cambio, es un aspecto de nuestro estado de conciencia. Nuestras acciones consecuentes se hacen hábito, y esos hábitos se transforman en nuestra manera de ser: la forma en que expresamos operativamente nuestro estado de conciencia. Ya no necesitamos hacer un esfuerzo ni apelar a recuerdos para proceder como nos dicta nuestra comprensión.

Nuestro saber se manifiesta en nuestra forma de ser y de actuar; no depende tanto de nuestra memoria mecánica para recordar lo que hemos aprendido como de nuestra memoria hecha conducta. Ese saber nos libera de la tendencia a

repetir inútilmente conductas y experiencias cuyos resultados negativos ya conocemos, o cuyas consecuencias podemos anticipar porque, por nuestro saber, nos son evidentes las fuerzas que nos mueven: deseos, pasiones, impulsos, o el genuino querer realizar nuestra vocación. El sentido común, la prudencia, la aceptación, la fortaleza ante la adversidad, por ejemplo, son aspectos de nuestro saber.

Nuestra realidad actual se corresponde con lo que comprendimos ayer. A través de nuestra conducta transformamos esta comprensión en nuestro saber de hoy. Nuestro esfuerzo de hoy, aplicado en una conducta consecuente, nos lleva a transformar en saber lo que comprendemos ahora. Cada nueva comprensión abre un campo potencial de realización y nos muestra un horizonte que se va desplazando en la medida en que, con nuestra conducta consecuente, recorremos el camino que nos lleva hacia él. Ese nuevo campo potencial representa, en cada momento, nuestra posibilidad real de expandir nuestro saber. Comprender esto y hacer el esfuerzo de responder en forma positiva y sistemática a ese desafío es abrir las compuertas de nuestra fuerza interior para poder concretar esa fuerza en *querer*.

Hay varias formas de querer, pero sólo una expresa nuestra fuerza interior y la sabiduría que hemos alcanzado.

Conocemos un querer que es un quisiera: la fantasía de que se produzca aquello para lo cual no hacemos algún esfuerzo en conseguir. Este querer no conduce a nada, pero sirve de pretexto para el descontento y la frustración.

Conocemos un querer biológico: la fuerza del instinto de conservación que nos impulsa a sobrevivir a cualquier costo.

Conocemos el querer producido por pasiones como odio, envidia, celos, codicia, lujuria, ambición: la fuerza del arrebato que nos impulsa a satisfacer esos arranques.

Conocemos el querer que nace en la conciencia de que, en cada instante, nuestra capacidad de comprender las experiencias nos abre un nuevo campo de posibilidades que necesitamos actualizar para *saber*, y así poder realizar nuestro ideal. Hay una diferencia substancial entre este querer y los querereres.

Los querereres nos arrastran con la fuerza del instinto, el deseo y la pasión, y nos llevan a una vida de confusión y dolor. En cambio, el querer que responde a nuestra conciencia es una fuerza que generamos con nuestra comprensión y con la aplicación de nuestra voluntad para realizar en forma efectiva el potencial que nos revela esa comprensión. Ésta es nuestra fuerza interior y nuestra fuente de sabiduría.

El querer asentado en el saber es nuestra forma de expresar nuestro amor al sendero que nos lleva hacia lo divino en la forma en que podamos concebirlo.

Osar, Juzgar, Olvidar

Procurar proceder bien y llevar una vida acorde con nuestros principios y comprensiones evidencia que deseamos realizar la vocación de expandir nuestro estado de conciencia. Sin embargo, esto no nos asegura que hayamos acabado con el autoengaño de creernos el centro de todo ni que dejemos de volver repetidamente sobre nuestros propios problemas, sin poder superarlos. Mantenernos en nuestro camino de desenvolvimiento espiritual exige mucho más.

La trascendencia que nos damos a nosotros mismos y la importancia desmesurada que asignamos a nuestras dificultades nos muestra que lo que más nos importa —cuando no lo único que nos importa— es lo que nos pasa a nosotros, y este egoísmo es una fuerza contraria a la de nuestra vocación.

Si bien alguna vez adoptamos una concepción más amplia que la que teníamos, tendemos a aferrarnos a ella resistiéndonos a que siga evolucionando. La rigidez con que solemos sostener nuestras opiniones y el hábito de pretender imponer nuestra voluntad a los demás nos pueden hacer tan

dogmáticos como cuando teníamos una interpretación más estrecha de la realidad.

Si bien superficialmente estas actitudes nos dan una sensación de seguridad, en realidad son las que, sin que nos demos cuenta, nos hacen sentir que estamos estancados, que en el fondo no hemos cambiado mucho, que nuestro desenvolvimiento pende de un hilo muy fino; sentimos que si nos fallara la voluntad y aflojáramos en el esfuerzo para controlarnos prevalecería nuestro egoísmo, daríamos rienda suelta a nuestros impulsos y deseos y perderíamos en un instante la amplitud mental y el grado de amor que pudiéramos haber alcanzado.

Junto al buen querer que nos anima cuando somos conscientes de nuestra vocación persisten otros querer que luchan por predominar. El deseo de prevalecer, la resistencia a esforzarnos, la tendencia a claudicar ante impulsos que nos perjudican, socavan nuestra voluntad y ponen a prueba nuestra perseverancia.

Esta lucha entre querer produce un deseo casi desesperado de seguridad. Queremos tener la seguridad de que no perderemos nada en forma definitiva, de que alguna vez vamos a poder darnos los gustos de los cuales ahora nos privamos; seguridad de que, aunque hayamos renunciado a

algo, podremos recuperarlo si cambiamos de idea. Queremos la seguridad de creer que tenemos privilegios sobre los demás; que si bien la pérdida de bienes materiales, la enfermedad, la vejez, la muerte les ocurren a otros, sería injusto que nos ocurrieran a nosotros, al menos no ahora, no todavía. Especialmente, nos aferramos a la seguridad que nos da creer que siempre estuvimos y estamos en lo cierto, como si esa ilusión nos permitiera recrear una historia ya muerta y defendernos de las evidencias que ponen al descubierto nuestras falencias. Tanto nos aterra pensar lo contrario que no percibimos nuestro miedo.

Nuestro problema es que buscamos seguridad donde nunca la vamos a encontrar, huyendo de un miedo que se agiganta en esa huida. Porque es imposible escapar de la incertidumbre propia de la vida y de las consecuencias de nuestras arrebatos y decisiones.

La seguridad que buscamos, inalcanzable por ser ilusoria, consume nuestra fuerza interior y nos hace espiritualmente débiles. Aquello que aparentemente nos da seguridad —la idea de que podemos poseer algo para siempre y de que estamos en lo cierto— es, al mismo tiempo, la fuente de nuestro miedo y nuestro infortunio.

El ansia de seguridad también nos hace pensar que nuestro esfuerzo para obrar bien nos debe garantizar un porvenir sin sufrimiento, y eso nos lleva a practicar la virtud. En este sentido, la práctica de las virtudes equivale a un trueque: damos algo para recibir algo; el sacrificio es el precio que pagamos para obtener el premio del favor divino. Aunque no reconozcamos esa actitud interesada cuando efectuamos nuestra ascética, la evidenciamos al esperar algo de ella. Llevamos la cuenta de nuestras renunciaciones, enumeramos los sacrificios que hemos hecho y nos lamentamos si no recibimos lo que creemos merecer, ya sea de otros, de la vida o de Dios. No vemos la contradicción entre creer que renunciemos y lamentarnos por no ser recompensados. Cuando no encontramos los frutos que esperamos de nuestras renunciaciones llegamos a preguntarnos para qué renunciar, por qué sacrificarnos y desprendernos de lo que tenemos o deseamos si no obtenemos algo por ello.

Lo que nos ocurre es que hemos llegado al límite al que puede conducirnos la ascética de autoafirmación sostenida por la ética de nuestras creencias. Esta ascética no tiene la fuerza necesaria para impulsarnos a superar el miedo que no nos permite renunciar a nosotros mismos y, así, traspasar ese límite.

El miedo marca los límites de nuestro desenvolvimiento. El ansia de seguridad no tendría poder para vencer a nuestro buen querer si la viéramos tal cual es: un engaño con el que tratamos de alimentar la fantasía de querer un mundo sin incertidumbre y con leyes que obedezcan a nuestro arbitrio.

Tenemos que reconocer nuestro miedo, mirar de frente a nuestra búsqueda de una seguridad ilusoria, disipar la quimera de pretender que la vida responda a nuestros deseos. En síntesis, tenemos que aprender a enfrentar la ley de la vida: osar vivir sin apoyos y renunciar.

Sin embargo, necesitamos usar ciertos apoyos.

Necesitamos principios que guíen nuestra conducta, postulados para formular una teoría que nos dé una visión inteligible de la vida. Esos apoyos son referencias que vamos profundizando al compás de nuestro desenvolvimiento interior y del avance de nuestro conocimiento. Pero ni siquiera el apoyo doctrinario puede darnos la seguridad de que estamos en lo cierto ya que, por un lado, nuestras comprensiones son incompletas y, por otro, para que una doctrina no se reduzca a letra muerta de una circunstancia ya inexistente debe evolucionar y responder a las nuevas posibilidades del desarrollo humano. El devenir nos obliga a usar y dejar, a

dar un paso para comprender y, basados en esa comprensión, seguir adelante, dejar atrás la huella y lograr una comprensión más amplia.

También necesitamos, para nuestro adelanto ético y el de la sociedad, asentar nuestra conducta sobre la práctica de la virtud, no ya como un trueque para recibir recompensa sino como parámetro para actuar rectamente.

Vivir sin apoyos es saber qué apoyos usar, cuándo usarlos, cómo usarlos y cuándo dejarlos. Y, sobre todo, es no olvidar que son solo apoyos. Pensar y sentir de esta manera nos da la osadía de renunciar sin condiciones, en forma total y definitiva, sin ninguna reserva, sin mirar hacia atrás.

Renunciar sin condiciones es renunciar a nosotros mismos. Esto produce un cambio cualitativo en nuestro desenvolvimiento. El fruto de esta renuncia es, simplemente, libertad interior.

Estamos habituados a ejercer libertad para hacer o conseguir lo que deseamos y hasta luchamos por ella. Pero no es ésta la libertad a la que nos estamos refiriendo.

La libertad interior se expresa de varias maneras; especialmente, en juicio ecuánime.

Conocemos varios tipos de juicios: los que parten del instinto de conservación, los que resultan de nuestras reacciones emocionales, los originados en nuestros gustos y rechazos, los basados en nuestros hábitos, los que se desprenden de los valores que nos transmite nuestra cultura.

Estamos condicionados para juzgar —en forma inconsciente y automática— como bueno lo que promueve la supervivencia de nuestra especie y como malo lo que va contra ella. Esto nos lleva a evitar situaciones peligrosas para nuestra vida y a rehuir de lo que alguna vez nos hizo daño. Pero también estamos condicionados para responder a impulsos —como los que hacen preponderar al más fuerte o el de reproducirse a cualquier costo— que, si bien pueden juzgarse como buenos para las especies en general, no son siempre buenos para el adelanto humano.

Estímulos fuertes nos hacen reaccionar emocionalmente y juzgar de inmediato a lo que produce nuestra reacción. Llamamos bueno a lo que nos excita con placer y malo a aquello que nos produce rechazo. Llamamos bellas o agradables a las cosas que nos gustan y feas o desagradables a las que nos disgustan.

Juzgamos también como bueno a lo que concuerda con nuestros hábitos. Por ejemplo, los de comportamiento,

aparición y gustos particulares de nuestra etnia o grupo social, nuestro medio y nuestro tiempo. Formulamos en forma instantánea y automática juicios negativos sobre lo que no se ajusta a ese patrón.

En síntesis, los valores que hemos recibido y nuestras propias preferencias nos dicen qué tendríamos que considerar bueno o malo, bello o feo, atractivo o repulsivo y juzgamos de acuerdo con ellos en forma automática.

En realidad, cuando actuamos bajo estos condicionamientos estamos juzgando sobre bases subjetivas. Y, lo que es más serio, estamos asignando a nuestras apreciaciones circunstanciales una cualidad o un valor definitivo. Con esto implicamos que lo que es bueno o malo, bello o feo, cierto o errado para nosotros necesariamente ha de serlo para otros, y que esa calificación es absoluta y permanente. Esta confusión nos hace olvidar la diferencia entre el juicio basado en una opinión y el juicio ecuánime.

El juicio basado en una opinión expresa el valor relativo que damos a una cosa respecto de otra, y es necesariamente temporario; se circunscribe a un contexto y está sujeto a la contraposición de otras opiniones.

El juicio ecuánime presupone la conciencia de nuestra incertidumbre básica y nos lleva a tomar distancia respecto de

nuestra manera de sentir y de pensar. Así podemos discernir lo temporario de lo permanente, lo probable de lo posible, lo particular de lo general, los hechos de las opiniones, las evidencias de las creencias, los juicios de opinión de los juicios ecuanímenes.

Para juzgar con ecuanimidad también tenemos que tener en cuenta el gran peso que tiene sobre nuestro juicio actual el juicio que hacemos de nuestro pasado.

No nos resulta fácil ver con claridad nuestro pasado. Muchas experiencias que recordamos nos llegan acompañadas de una gran carga emocional y del juicio que en su momento hicimos sobre ellas. Esto hace que, en muchos casos, nuestros recuerdos sean cosa juzgada y que generemos sentimientos negativos que enraizamos profundamente en nuestro interior. Es así como el disgusto o el dolor de un momento se transforma en rencor y resentimiento, el error en sentimiento de fracaso, una mala elección en el convencimiento de no tener más oportunidades, una carencia en una herida que nunca se cierra.

Esta fijación nos ata al pasado subjetivo que fuimos construyendo y nos impide comprender las limitaciones nuestras y las de otros, aceptar y perdonar, borrar de nuestra memoria el registro de los agravios recibidos. En otras palabras,

nos impide seguir creciendo interiormente y vivir con libertad *hoy*.

De la misma manera, podemos quedar atados a experiencias que fueron placenteras; esto nos puede llevar a querer revivirlas sin darnos cuenta de que, por un lado, tratar de revivir algo acabado es pretender volver al pasado sin reconocer el presente —algo imposible— y, por otro, que nada pasado se puede repetir de la misma manera, ya que está vinculado a una circunstancia única, ya terminada. Podemos tener nuevos momentos placenteros, pero nunca serán los pasados. Por más que podamos disfrutarlos, si pretendemos repetir algo que ya fue, los nuevos momentos estarán siempre empañado por la nostalgia de lo que ya no puede ser.

Aprendemos de nuestro pasado cuando discernimos los hechos de la carga emocional con la que los hemos grabado en nuestra memoria.

Llamamos “desapego del pasado” a la capacidad de producir este discernimiento entre nuestro pasado y el juicio que hemos hecho acerca de él. Esto nos permite experimentar un desenvolvimiento correlativo con nuestra edad y juzgar una misma experiencia de manera diferente en la niñez, en la adolescencia y en la edad madura.

Más saber se expresa en más ecuanimidad. Al desapegarnos del pasado dejamos de llevar la cuenta del anecdotario de nuestra vida, de sumar nuestros sacrificios, de medir los esfuerzos hechos, de sentirnos acreedores de la vida. Así acabamos con nuestra autocompasión y con ella terminan nuestros resentimientos, nuestros rencores y, también, nuestros miedos —como también la vanagloria por nuestros logros—. Esto nos permite, por un lado, asociar los hechos de nuestra vida con sus causas y sus consecuencias reales; por el otro, ver con imparcialidad y lucidez nuestras reacciones ante los hechos y los efectos de esas reacciones en nuestra conducta, nuestras relaciones y nuestras decisiones actuales.

Desapegarnos del pasado es olvidar sin perder la memoria: tener un juicio ecuánime de lo ocurrido. Quitamos el sello subjetivo con que interpretamos nuestro pasado y lo incorporamos al gran continuo de la experiencia humana. Recuperamos así nuestra verdadera historia.

Al olvidar los juicios que hemos hecho sobre nosotros mismos somos libres para vivir comoelijamos vivir. Al olvidar los juicios que hemos hecho sobre los demás respetamos su libertad de ser como ellos quieren o pueden ser. De esta manera promovemos la armonía y la paz en nosotros y en los demás.

En el juicio ecuánime y el olvido consecuente de nuestro pasado reside nuestra fuerza y nuestra visión. Cubrimos con un manto de olvido las circunstancias particulares que hemos experimentado y mantenemos en nuestra memoria las lecciones aprendidas. Esto nos permite vivir cada día a nuevo, acrecentando sin cesar nuestra capacidad y nuestro saber.

La libertad interior que logramos por la renuncia a nosotros mismos nos da flexibilidad mental y capacidad para encontrar nuevos significados en lo que consideramos sabido, para aplicar en forma creativa la energía contenida en nuestro pasado y generar así nuevas vías de desenvolvimiento, para transformar nuestro conocimiento en sabiduría y transmutar nuestras experiencias en conciencia.

Sería imposible unir nuestra conciencia atada a una historia personal, a miedos y hábitos enajenantes, a ideas ancladas en el pasado, con la conciencia cósmica infinita y eterna. Sólo la renuncia a nosotros mismos nos abre el camino hacia la eternidad, pues la libertad interior que ella genera transmuta debilidad y miedo en fortaleza intrínseca, y una personalidad contingente en verdadera individualidad.

Saber Querer y Querer Osar

10 son las palabras básicas que describen el desarrollo espiritual:

Callar, Escuchar, Recordar, Comprender, Saber

Querer, Osar

Juzgar, Olvidar y Transmutar

Por un lado, cada una de estas palabras representa en sí misma un objetivo; el logro de cada uno de esos objetivos es un logro espiritual cierto y contundente. Por otro, estas palabras muestran, en su conjunto, una secuencia en el proceso del desarrollo humano.

Además, quizá tan importante como lo que implica cada palabra en sí misma o la secuencia de todas ellas, es el paso del *Querer* al *Osar*. Éste señala un momento álgido del desarrollo, en el cual nos sobreponemos a nuestra tendencia a estructurarnos en lo adquirido y osamos abrirnos hacia la conquista de nuevos ámbitos de experiencia. Este punto de inflexión divide la secuencia en dos vertientes. La primera, de *Callar* hasta *Querer*, expresa el mundo que ya

conocemos y comprendemos. La segunda, de *Osar* hasta *Transmutar*, expresa lo desconocido, el desafío de transmutar la experiencia hecha en una expansión de nuestro estado de conciencia.

La primera vertiente —*Callar, Escuchar, Recordar, Comprender, Saber y Querer*— es el ámbito de los valores sobre los que apoyamos nuestra cultura y en el cual sacamos provecho de la experiencia humana generada a través de la historia. *Saber Querer* nos asiste en el esfuerzo de abrirnos camino hacia un mundo mejor que refleje esos valores, aplicando la voluntad para consolidar lo que ya sabemos.

Nuestra tendencia a estructurarnos en lo que ya sabemos —lo que hemos aprendido del contexto en el que nos movemos— nos hace pensar que *Saber Querer* es suficiente para mantener nuestro desenvolvimiento, y nos lleva a aplicar nuestra voluntad a fortalecer el estado de conciencia que ya hemos alcanzado.

Además, como habitualmente asociamos la vida espiritual con creer esto o lo otro acerca de lo que no sabemos, y nos repetimos que lo que creemos es la verdad, tendemos a confundir eso que creemos con la verdad. Por un lado, esto nos da seguridad; pero, por otro, nos mantiene siempre dentro de un mismo estado de conciencia, ciegos ante la evidencia

de nuestra ignorancia e incertidumbre. Esta ceguera nos hace imaginar que el proceso de concretar lo que ya sabemos y reforzar con ello nuestras creencias es una transmutación espiritual cuando, en realidad, es consolidar a tal punto un mismo estado de conciencia que éste se transforma en una cárcel.

Esta situación nos impide reconocer que *Querer* sólo en el ámbito del saber ya conquistado es estancamiento, que no hay adelanto sin cambio. Por falta de perspectiva, asociamos los cambios que, queramos o no, impone la vida y también los que son necesarios para desarrollar nuestra comprensión y dar sentido a nuestro obrar, con quiebres trágicos en el concepto que tenemos de nosotros mismos y de lo que debemos hacer. Creemos preservar nuestra identidad escudándonos en la negación de lo que no conocemos y sosteniendo una idea de lo divino y lo espiritual que es una proyección del mismo estado de conciencia que necesitamos trascender. No sólo estamos en una cárcel; no nos damos cuenta de ello. Al contrario, confundimos los límites que nosotros mismos nos imponemos con defensas que nos protegen de cualquier cambio que pueda alterar nuestros esquemas. Buscar explicaciones a la angustia que esto nos

produce dentro del mismo esquema que la causa es no tener salida.

Es cierto que cualquier cambio no implica necesariamente desenvolvimiento, pero también es cierto que si no hay cambio el desenvolvimiento es una quimera. Necesitamos superar los límites del contexto en el que nos encerramos; necesitamos desarrollar la actitud de *Querer Osar* para que nuestro desenvolvimiento sea continuo.

La segunda vertiente comienza, entonces, en *Querer Osar* y nos impulsa a investigar y descubrir posibilidades que nos permitan mantener activo nuestro desenvolvimiento.

En el contexto espiritual, desenvolvernos es ampliar nuestro estado de conciencia, y ello implica avenirnos al cambio, estar dispuestos a pasar de la etapa de consolidar lo que ya somos a la etapa de abrir nuevos campos de desenvolvimiento: a *Querer Osar*. Aun una pequeña expansión de nuestro estado de conciencia es, para nosotros, un cambio fundamental que nos obliga a reevaluar y a comprender con una nueva perspectiva aquello que creíamos haber comprendido en forma definitiva.

El contexto de lo que no sabemos es tan inmenso que nuestro avance en lo que conocemos no parece disminuir su magnitud. Por más que adelantemos y aprendamos, en

nuestra condición actual nos mantenemos frente a lo que podríamos llamar Gran Constante de Lo Desconocido. Y es precisamente esta Gran Constante el imán que genera nuestro desenvolvimiento y nos impele a *Osar*.

Nuestro *Querer Osar*, por supuesto, parte de lo que nos permitió llegar hasta este punto. El adelanto no consiste en tirar por la borda lo que tenemos para asirnos a otra cosa diferente, sino en transmutarlo. El hecho de vivir abiertos a los cambios que implican avanzar hacia lo que necesitamos aprender no invalida el conocimiento que podamos haber alcanzado. Al contrario, lo valida dentro de sus límites, porque en vez de reducir lo desconocido a lo que creemos que sabemos de él, tenemos la osadía de reconocer la limitación de lo que creemos saber, y de darle el valor relativo que le corresponde. Es justamente esta osadía lo que nos permite apreciar el progreso que implica cada paso de nuestro desenvolvimiento y nos mantiene alertas sobre el hecho de que el desenvolvimiento espiritual es un proceso de realización continua. Esto es, nos mantenemos conscientes de que quedarnos en *Saber Querer* nos convierte en una rémora que no sólo impide la continuación de nuestro adelanto, sino que nos hace retroceder, porque detenernos es colocarnos en contra de la corriente de la vida.

El *Osar* nos permite llegar a *Osar Juzgar*. La actitud de *Osar* implica que nos atrevemos a desapegarnos del saber que hemos logrado y que, en asuntos espirituales, tendemos a creer que es un saber inamovible, definitivo. La osadía de mirar de frente a lo que hemos llamado Gran Constante de Lo Desconocido y al cambio continuo que es la vida nos lleva a un juicio lógico: la renuncia, más que una virtud a practicar, es la actitud necesaria para responder a nuestra vocación de desenvolvimiento. Si pretendemos mantenernos conscientes del ritmo del devenir y no apartarnos de la senda que traza el desarrollo humano, la respuesta inevitable es renunciar. En este contexto, renunciar implica *Osar* reconocer que cada vez que tendemos a identificarnos con el pasado y a olvidar la lección de que todo conocimiento y todo logro son contingentes, desandamos camino y, en consecuencia, generamos ignorancia y confusión.

Osar Juzgar es atrevernos a encontrar nuevas relaciones entre ideas, experiencias y acontecimientos que creíamos haber comprendido totalmente. Es aceptar que los juicios son siempre relativos a un estado de conciencia y que la forma de ver la realidad, lo que nos ocurre y lo que tenemos que hacer se ha de actualizar al compás del tiempo.

Osar Juzgar nos da la visión necesaria para no caer en el cambio por el cambio mismo, o por el hecho de variar, o para responder a motivaciones egoístas, sino para efectuar los cambios que respondan a nuestra necesidad de desenvolvimiento.

Cuando aprendemos a *Juzgar* sin aferrarnos a un pasado ya consumado, aprendemos a *Juzgar* qué hay que *Olvidar*: olvidar los juicios hechos, para tener libertad suficiente como para discernir, comprender y responder a las nuevas posibilidades y a las necesidades propias de cada momento de nuestro desenvolvimiento. Y también olvidar lo anecdótico y las vivencias cargadas con emoción exacerbada, para poder recoger el fruto de lo vivido: olvidar agravios, que nacieron de juicios que respondían a contextos muy limitados; olvidar penas por pérdidas dolorosas, pero que son una constante en la vida; olvidar rencores por lo que interpretábamos que la vida no nos dio o nos sacó; olvidar triunfos que resultaron de privilegios no merecidos, olvidar los esquemas mentales que limitan nuestro juicio acerca de cuáles son nuestras posibilidades y qué hemos de hacer para realizarlas.

Osar Juzgar que lo que ya no tiene vigencia se ha de *Olvidar*, es reconocer al devenir en el eterno presente.

La actitud de renuncia nos da libertad para que el contenido de *Olvidar* alimente el *Transmutar*. En este contexto, la actitud de renuncia es aquélla que nos permite validar lo aprendido, dimensionarlo, hacerlo experiencia asimilada y comprensión más amplia y profunda de nosotros mismos y de nuestro lugar en el mundo, y desasirnos de nuestra historia para poder dar el paso siguiente.

La actitud de renuncia nos lleva a *Osar* vivir con libertad interior; esto es:

Osar nacer a un mundo nuevo con cada paso que damos en el camino de nuestro desenvolvimiento.

Osar transmutar en obra lo que conquistamos espiritualmente.

Osar no apegarnos ni a las conquistas espirituales ni a las obras que ellas generan.

Osar amar con un amor tan profundo que podamos transmutar el dolor y el gozo de la experiencia en alimento espiritual para nosotros y para todos los seres humanos.

Transmutar

Transmutar es la clave que cierra el proceso sintetizado en las nueve primeras palabras con que describimos el desarrollo espiritual.

¿Qué implica *transmutar* para nosotros, en nuestra situación actual?

Implica centrar nuestra labor espiritual en identificar el enfoque personalista² con que vivimos y reemplazarlo por una conciencia de participación universal.

El enfoque con que acostumbramos a encarar nuestro ideal espiritual y, consecuentemente, nuestra vida, se basa sobre supuestos previos, la mayoría de los cuales no son explícitos para nosotros.

Un supuesto previo, que generalmente se oculta tras nuestras racionalizaciones, es el de que somos personas separadas e independientes de las demás. Nos basamos más en nuestra percepción sensorial que en nuestro discernimiento.

² Personalista: que subordina el interés común a miras personales

Para nuestros sentidos somos separados: nos vemos unos a otros con límites definidos y características propias. Además, no percibimos directamente que lo que otro haga en su casa influya sobre lo que nosotros hagamos en la nuestra. No sentimos que sea necesario anticipar siempre las consecuencias que nuestras acciones producirán en otros y en el medio. Es así que nos otorgamos un margen muy elástico de libertad para decidir cómo vivir, sentir y pensar. Cuando tenemos un deseo vehemente estiramos al máximo ese margen y suponemos que podemos vivir a nuestro antojo en el mundillo en el queramos encerrarnos. Aunque intelectualmente admitamos la influencia que ejercemos sobre otros y el medio, nuestros impulsos y deseos particulares hacen que, en la práctica, prepondere el supuesto —implícito en nuestras actitudes habituales— de que tenemos una vida aparte y, por eso, independiente.

Esta tendencia se expresa también en nuestra labor espiritual. El sentirnos separados nos lleva a enfocar nuestro desenvolvimiento y el adelanto humano en forma personalista. Nos importa sobremanera cuánto beneficio personal conseguimos con lo que hacemos y medimos nuestro adelanto según vayamos alcanzando nuestras metas particulares; en definitiva, nuestra felicidad personal. Reducimos nuestra

labor espiritual a lo que pensamos que tenemos que hacer para lograr un triunfo espiritual propio. En consecuencia, centramos nuestra intención y atención a tal punto sobre nosotros mismos que la importancia que asignamos a lo que ocurre a nuestro alrededor depende de cómo nos afecte a nosotros y a lo que nos interesa.

A pesar de que la información que ya tenemos nos da una visión grandiosa del universo en la que cada parte opera en concierto con todas las demás, vivimos atentando contra nuestra propia supervivencia: nos agrupamos por conveniencia y mantenemos luchas competitivas para lograr preponderancia dentro de nuestro grupo y preponderancia de éste sobre los demás grupos, apenas atemperadas por la intención, más teórica que práctica, de procurar el bien de todos.

Si bien estamos capacitados para discernir los efectos que producimos en los demás y en el medio a través de nuestras actitudes y acciones, elegimos cuándo observar y cuándo ignorar esos efectos. Y, cuando los observamos, los interpretamos y asignamos responsabilidades según nuestra conveniencia.

¿Cómo impulsar el proceso de transmutación del enfoque personalista en un enfoque más universal, que expanda nuestro estado de conciencia?

A través de la acción.

La acción se basa sobre una filosofía de vida y se expresa en una conducta.

Nuestra filosofía de vida parte del reconocimiento de que cada acción nuestra es siempre una interacción múltiple que genera innumerables interacciones a través de las incontables líneas de la red de la vida. *Somos en participación* y aplicamos esa conciencia a un trabajo interior sobre la actitud y la intención:

Trabajamos en forma mancomunada en función del bien común

Aplicamos a nuestra conducta nuestra conciencia de participar en un sistema de interacciones múltiples:

Trabajamos en equipo

Decimos “trabajamos” porque somos seres operativos. Actuamos tanto al hacer como al sentir y pensar. Y toda acción implica trabajo.

Al decir “trabajamos en equipo” no nos referimos solo a los equipos que formamos para realizar algo particular, sino que incluimos en nuestro concepto de equipo a los que espontáneamente formamos al vivir en familia y en sociedad. Imaginemos lo que podríamos lograr si trabajáramos como equipo en la familia, la comunidad, el país y, en definitiva, la humanidad, en una labor mancomunada para bien de todos. Dada la situación del mundo de hoy, esto podría parecer una utopía; pero no lo es totalmente. Si bien no podemos controlar la conducta de otros, mucho bien podemos hacer si dominamos la nuestra para realmente hacer equipo con quienes convivimos y nos relacionamos. La actitud de colaborar, compartir, participar, no solo genera buen ánimo y mayor paz en uno sino también en los demás. Podemos decir, entonces, que el trabajo mancomunado y en equipo no es sólo una forma de trabajar sino es, especialmente, una forma de relacionarnos y de vivir.

Pero necesitamos poner cuidado con qué actitud participamos. Si tuviéramos una actitud personalista entenderíamos nuestra participación solo como tomar parte en algo, integrarnos a una acción conjunta. Si bien esta decisión implicaría nuestra intención de colaborar, continuaríamos manteniendo la percepción de que somos seres separados, con

intereses particulares, y evaluaríamos a cada paso los beneficios que recibimos del grupo con el cual decidimos colaborar.

Si nuestro enfoque fuera más amplio, participar sería sentir y saber que somos parte inseparable de todo lo que existe, y actuaríamos en forma consecuente. En la medida en que lo logremos sentir, saber y actuar de esta manera, podremos transmutar nuestra noción de ser separados en una conciencia de participación universal.

El trabajo mancomunado y en equipo es un aspecto de la relación que nos ayuda a lograr esta participación: nos mueve a transmutar la relación personalista —basada en la competencia interesada y separatista, con sus frecuentes discusiones agresivas y críticas hirientes— en una relación integradora con significado compartido.

Todas las acciones producen consecuencias que nos afectan tanto a nosotros como a todo el conjunto. Desde este punto de vista, todos los mensajes implicados en las acciones llegan a nosotros; pero no siempre los percibimos o sabemos interpretarlos. Es por ello que nos resulta difícil compartir significado. Por un lado, no somos conscientes de todos los mensajes que damos y de los que recibimos; por otro, por nuestro sistema de defensa y reacción automáticas solemos

desvirtuar el significado de los mensajes que recibimos, aun de los explícitos. Sólo en momentos de gran empatía nos abrimos a una comprensión más profunda. Para aprender a compartir significado tenemos que comenzar por trabajar en forma mancomunada y en equipo.

En este contexto, el término “significado” trasciende el contenido intelectual de los mensajes; abarca a cada individuo y a la totalidad de los individuos, ya que la vida de cada uno y también la del conjunto son mensajes con significado.

El proceso de compartir significado en forma deliberada va desde validar ideas de otros hasta incorporar a todos y al mundo en que vivimos en la noción que tenemos de nosotros mismos.

Nuestra conciencia se nutre del significado que aprehende a través de la interacción. Cada estímulo que recibimos contiene un significado para nuestra conciencia. De nuestra capacidad para aprehender significado depende el ritmo de expansión de nuestra conciencia.

En la práctica, un medio para compartir significado es el de participar; y qué mejor comienzo para aplicarlo puede ser el de unir el concepto de participar a nuestra idea, o nuestro ideal, de realización espiritual.

En vez de buscar una liberación espiritual particular y personal, movidos por el deseo subyacente de escapar del dolor de vivir en un mundo en el que, en nuestra condición actual, el sufrimiento es inevitable, démonos cuenta de que el sendero hacia la libertad interior va a través de la participación.

Enamorémonos de la libertad que nos da superar los límites en los que nos encierra la ignorancia que alimentamos con nuestro egoísmo. Reconozcamos la interrelación de la gran trama de la vida e impulsemos nuestra noción de ser por las líneas de su red. Reconozcamos la necesidad de actuar en forma concertada, procurando siempre el bien común, que siempre será nuestro propio bien.

Y reconozcamos también que nuestro desenvolvimiento es un proceso continuo de transmutación de conciencia en acto y de acto en conciencia, de acuerdo con el antiguo aforismo: “hacer de la mente materia y de la materia mente”. La experiencia se vuelca en acción y la acción deviene en experiencia; la experiencia de la acción amplía el estado de conciencia; éste se expresa en acción, y así sucesivamente.

Transmutemos, entonces, nuestro sentido de participación en trabajo mancomunado y en equipo, y el trabajo mancomunado y en equipo en una conciencia de participación.

Comencemos por cambiar nuestras reacciones automáticas por una forma de actuar deliberada que se exprese en:

- Validar en vez de descalificar
- Cooperar en vez de rivalizar
- Comprender en vez de porfiar
- Dialogar en vez de discutir
- Ayudar en vez de censurar y disgustarse
- Incorporar en vez de excluir o excluirse
- Ampliar el punto de vista en vez de atrincherarse

Cuando transformemos en hábito estas respuestas deliberadas habremos comenzado a transmutarlas en significado compartido. El compartir significado nos dará comprensiones más profundas del significado de la renuncia en el proceso de nuestro desenvolvimiento y nos abrirá el camino hacia la conciencia de ser en participación.

Completar esta transmutación es la realización espiritual inmediata que podemos lograr, un bien que sentimos la necesidad de aportar a la humanidad.

Hagamos nuestra contribución, entonces, para que todos lleguemos a interactuar en forma concertada y logremos todos un estado de participación más universal. Seguramente sus frutos serán paz, progreso y felicidad.